

perar a sus compañeras, como si la música tirara de ella de un modo incontenible se dirigió corriendo como cuando era una chiquilla hasta donde la coëla ejecutaba la airosa danza... Enseguida le encontró a él. Cuando se vieron se sonrieron porque la misma alegría rezumaba de sus corazones jóvenes y asomaba a sus labios. El le propuso bailar la danza, la muchacha no tenía otro deseo pero una negra realidad se cernía sobre su entusiasmo: No había conseguido aprender a saltar. Sintió un temor profundo de pasar por torpe y refutó, con excusas poco convincentes, la invitación. El chico se enfadó y estuvo sin hablarle toda la mañana. Mientras la jovencita, cuyo corazón si sabía palpar sinceramente al compás de la pieza, miraba absorta los pies de los que danzaban en busca de aquella agilidad y gracia que le estaba negada.

Por primera vez en su vida escuchó triste una audición y la música más que el eco de una carcajada le pareció el repetir de un sollozo.

### III

Estaba en Otoño, cuando las hojas empiezan a caer y los árboles pierden su vestido mientras el paisaje se vuelve triste poco a poco. Pero el clima era aún suave y la gente salía a pasear aprovechando los últimos rayos calientes del sol en decadencia. La rambla estaba alegre como siempre y vestida de gala al compás de una sardana violenta y las risas de los jóvenes se mezclan con las notas. Una mujer de mediana edad lo miraba todo y lo saboreaba con un brillo sospechoso en los ojos. Su rostro era demasiado expresivo para poder ocultar sus sentimientos y traslucía una mezcla de nostalgia y felicidad. Sus pies se movían instintivamente al compás de los sonos ágiles y tenía las manos plegadas sobre el regazo por temor de que siguiendo sus impulsos estas se cogieran a uno cualquiera de los grupos para interpretar su danza soñada. Luego sucedió lo inesperado. Le pareció oír una voz que le llamaba y se volvió sorprendida. Era un antiguo conocido de recuerdo agradable. Hablaron de sus vidas. Ninguno de los dos se había casado. Ambos quisieron decirse muchas cosas pero callaron. El tiempo transcurrido sellaba su boca y ponía freno a sus ilusiones. Iban ya a despedirse cuando interpretaron la misma sardana que tiempo antes fue la causa de su disputa. Se miraron y se sonrieron como antes y cada uno descubrió que aún su presencia era grata al otro. Ella dijo que la pieza era muy bonita y el afirmó que aún se sentía fuerte como para bailarla. La mujer sintió la torpeza de sus pies gravitando sobre su felicidad y se despidió del hombre. Y ambos se alejaron tristemente besando su soledad.